

Notas y Documentos

Florecimiento y decadencia del helenismo

(Continuación)

Si queremos informarnos acerca de las fundaciones soleucidas en las regiones del noroeste del Irán, y de las zonas fronterizas a la estepa turánica, bastará recordar a Antioquía, en la Escitia, mencionada en la lista de Esteban de Bizancio. Sin embargo, la historia posterior de estas regiones nos muestra que las fundaciones de Alejandro, no sólo fueron reconstituídas, sino también aumentadas. Lo mismo ocurre con Alejandría de Appain, en el Yajartes, fundación de los Seleucos. Gobernador de estas comarcas era Patrocles, tal vez el más importante de los hombres de estado entre los primeros seleucidas. Mientras desempeñaba este puesto, reinició la exploración del Mar Caspio que había sido proyectada por Alejandro. La abandonó, sin embargo, cuando llegó a la conclusión de que era un golfo del Océano. Obtuvo este resultado, después de un viaje realizado por las desiertas costas occidentales. Este punto de vista que fué aceptado también por Eratóstenes, pasó a ser dominante durante los siglos siguientes. Escribió sobre esta región incluyendo la India. Su obra fué considerada por Eratóstenes definitiva, y su exposición echó por tierra todas las demás. Desgraciadamente hemos recibido de ella pocas referencias. Junto a él se menciona a Demodamas de Mileto «jefe de los seleucidas y antíocos, que atravesaron el Yajartes», levantó un altar al Apolo de Didyma en la ribera opuesta.

También en todas las rutas que cruzaban lejanas comarcas pérsicas, encontramos fundaciones de los antíocos. Los escritores mencionan a Laódicea en la frontera occidental, y a Stasis, una fortaleza situada en la montaña. Las inscripciones de Magnesia nos han dado a conocer una Antioquía en Persia, cuya fundación se remonta a Antioco I Sótero. En ninguna otra parte se menciona a dicha ciudad. Una influencia mayor no tuvo el helenismo en el país de origen de los aqueménidas. De todos modos subsistió hasta la mitad del siglo II una satrapía del reino de los seleucidas. Pero junto a ella sostuvo y quedó en el centro de la acción, dentro del radio de Persépolis e Istachr, una dinastía indígena, que conservó las viejas tradiciones, con sus nombres pro-

pios, y que se presenta como una celosa cuidadora de la religión de Zoroastro. Ellas acuñaban, ya en la mitad del siglo III, monedas con inscripciones en arameo (Pehlevi). Su figura muestra indiscutibles rasgos persas. Llevan tocados al estilo de los sátrapas. En el reverso aparece el altar del fuego, sobre el cual se agita Ahuramazdas en la misma forma que Darío en las esculturas; a su lado se encuentra el estandarte del imperio. Se ha conservado hasta nuestros días un relato de una dinastía llamada Oborzos, que usaban monedas Vahuburz. 3,000 colonos amotinados fueron atraídos a una bien poblada región y fueron asaltados y aniquilados durante la noche en sus campamentos aislados. Hay, sin embargo otra narración. 3,000 persas fueron atraídos por un Seiles que estaba al servicio de los seleucidas hacia un desfiladero en el lugar de Rhanda, allí fueron aniquilados por tropas de la Tracia y de la Macedonia. La suposición de que este hecho se haya realizado bajo el reinado de Seleuco II, parece cierta. En las épocas siguientes, Persia continúa apareciendo como satrapía de los seleucidas; sin embargo, las dinastías indígenas se afianzan, y aparecen en ellas los grandes nombres de los tiempos de los Aqueménidas, como Darío y Artajerjes. Poco después de la mitad del siglo II pasan a ser vasallos de los Arasácidas. Aparecen entonces en las monedas, vestidos a la usanza de los parthos, pero llevan ahora el título de rey. Los cambios de dinastías deben haberse sucedido muchas veces. Finalmente de este reino, cuyo asiento estaba en Istachr, en Persépolis, salió el levantamiento contra los parthos y el establecimiento de los sassanidas.

La vida de estas regiones aisladas no tuvo por el momento mayor importancia para el desarrollo de la religión parta. Lo tiene sí la enérgica propaganda y colonización que se desarrolló bajo los aqueménidas en las comarcas que se extendían más allá del límite oeste de su reino, hasta el occidente de Asia Menor (Lidia y Licia) y Egipto; y que siguió siendo estimulada por las dinastías de origen persa en Armenia y las dos Capadocias. Tanto aquí, como en la región del Tauro y Siria, la religión continuó su desarrollo y transformación, mantuvo el dualismo, pero que, por un lado, aceptaba el culto de los dioses y arcángeles que infencian el mundo, tales como Mithra, Anaitis, Verethragna (Artagnes) Vohumano (Omanos),

Ameretat (Anadates frente a Orz muds) y por otra parte, la «magia» se seguía cultivando sistemáticamente. Esta sabiduría de los persas y magos se mantuvo en viva competencia y mutua influencia con la babilónica. Encontramos, asimismo las enseñanzas y encantamientos provenientes de los judíos, coleccionadas o catalogadas bajo el nombre de Zoroastro y Ostanés, en realidad obra de los magos. Estas obras encontraron acogida ya en el siglo III en la biblioteca de Alejandría. Sin embargo, el dualismo, conocido ya por Platón, cuando aceptó la existencia de una segunda alma irracional o mala, y, que influenció a Aristóteles a través de Eudoxio de Knidos, tuvo su mayor triunfo en todo el mundo oriental, durante la época de dominación helénica. Este dualismo es el fundamento de todo el desarrollo religioso posterior. Fué aceptado por el judaísmo a partir del siglo III; y llegó a ser completamente dominante durante la reacción popular en el tiempo de los Macabeos.

Cuando Seleuco (alrededor de 305), firmó la paz con Sandracoto, señor del nuevo reino de la India, le abandonó los países fronterizos del reino de Alejandro, y con esto, también, las ciudades fundadas por los griegos. Desde entonces las relaciones entre ambos reinos se mantuvieron en franca amistad. Magasthenes fué embajador de Seleuco en la corte de Palimbothra, y a la de su hijo Amitrochates, fué Daimachos; a su lado apareció como representante de los lágidas, Dionisio. La competencia de ambos reinos reaparece también aquí. Uno, buscaba por rutas terrestres ponerse en relaciones con el país maravilloso y sus tesoros, mientras que el otro lo hacía por mar. El contraste (¿?) nos muestra la conocida declaración de Asoca, que Antíoco, Ptolomeo y los príncipes griegos restantes siguieron sus enseñanzas. No cabe duda de que el budismo trató de establecer misiones en el este. También debe haber ganado en épocas anteriores adeptos en Ostiran. Pero hablar de una influencia tanto en las religiones del occidente como en el helenismo, sería un error. Ni de su manera de ser ni de su contraposición con el brahmanismo tenían los griegos una representación clara.

Los seleucidas, a pesar de haber obtenido la parte principal del reino de Alejandro, no llegaron a ser como él, conquistadores del mundo. Por el contrario, supieron mantenerse dentro de un límite. A pesar de que Seleuco llegó a dominar casi todas las provincias asiáticas del reino persa, y que confió en poderlas aumentar

con Tracia y Macedonia, éste no era su propósito, ello se debió, más bien, al resultado del desarrollo histórico que le señaló este camino. Para mantener, al igual que sus antecesores, relaciones amistosas con la India, renunció Antíoco a las provincias fronterizas y abandonó la Macedonia, a Antígonos Gonata. Fueron abandonados también, los países nacidos de las ruinas del Imperio de los Acheménides y fundados por las dinastías persas, en la Media norte (Atropatene) y Armenia. Igual cosa sucedió con las dos Capadocias. Todo esto le fué reconocido por tratados y lazos de familias que se fueron creando. Por lo demás, el reino de los seleucidas, dada su gran extensión, tenía poca consistencia. Las comarcas que le pertenecían en el Asia Menor, nunca estuvieron completamente sometidas. Tampoco fueron totalmente dominadas las dinastías de Pérgamo y Bithynian. Había, además, continuas luchas con los bárbaros galos que se habían internado en el país, o con los Pisidios y gentes de su estirpe, los que habían afirmado su independencia ya en tiempos de la dominación persa. Las reconocidas pretensiones de la Macedonia sobre la Tracia, creadas con la derrota sobre los Lysímacos, jamás fueron realizadas completamente. Estas continuas luchas fueron bien aprovechadas por el reino Lagida. Era un pueblo uniforme, bien guiado por una voluntad que sabía a donde quería llegar, es decir, obtener un predominio en el mundo griego, y para lo cual querían el dominio del mar. Aprovecharon bien sus fuerzas, tanto contra los seleucidas, como contra sus aliados Antigonidas-Macedonios. Además el inextirpable singularismo de las ciudades griegas les abrió ancho campo.

Es así, como en el siglo III, el reino de los seleucidas jamás llegó a disfrutar de una paz completa. Para fortalecer sus dominios se veían atraídos más y más por los centros y estímulos griegos. Las ciudades recientemente construídas, que servían al mismo tiempo, de fundamento al imperio, y medio para defender los territorios fueron también fuerzas espirituales y comerciales. A la noción griega $\pi \acute{o} \lambda \iota \varsigma$, pertenece el gobierno propio, con su consejo y asamblea popular; como también los funcionarios que se elegían anualmente y que eran responsables; debemos considerar además, el derecho, finanzas, tropas y culto propio. Este último, tiene la forma religiosa griega, en la que se incluyen, según sea la necesidad: dioses, mitos y tradiciones locales. Esta constitución libre, tal como se encontraba en las ciudades griegas del Asia Menor desde

tiempos antiguos, fué restablecida por Alejandro con la expulsión de los tiranos, oligarcas y sucesores. Esta misma constitución fué otorgada a todas las nuevas fundaciones. La invitación de enviar colonizadores, se extiende por todo el mundo griego. La Antioquía persa nos ofrece también en este caso un ejemplo típico: Antíoco I Soter hizo una invitación a los habitantes de Magnesia en el Meandro, para que tomaran parte en «la formación y aumento de la población en la ciudad que había fundado» y los habitantes de Magnesia, «después de bellos y honrosos acuerdos, oraciones y sacrificios enviaron una gran cantidad de hombres distinguidos».

En esta misma forma, deben haber obtenido una gran corriente de colonizadores de diferentes lugares. Se puede tener una idea de la enorme emigración de la población griega hacia las regiones recién fundadas, al observar la emigración europea hacia América en el siglo XIX, o mejor, la colonización alemana del este, realizada entre los siglos XII y XIV, con la única diferencia que en éstas falta la dirección reglamentada por una gran nación. En estos casos también se mantuvieron los lazos de unión con la patria; por eso, cuando Magnesia buscó, a fines del siglo III, el reconocimiento de los juegos en honor de Artemis Leucophrynia, como fiesta nacional griega, envió sus emisarios en el año 205 a las ciudades griegas de Babilonia y Antioquía, en Persia, para conseguir su aprobación. Las llanuras van siendo anexadas progresivamente por estas ciudades. Esto se efectúa en general de la manera siguiente: el rey daba grandes extensiones de tierras de sus dominios, a empleados y favoritos, se incluía en ellos a los vasallos que debían pagar tributo. Los favorecidos tenían la obligación de destinarlos y anexarlos a las regiones dependientes de la ciudad, la elección quedaba en manos del beneficiado. Sin lugar a dudas, sin embargo, los asiáticos bien acomodados obtenían del rey o de la misma ciudad, el derecho de establecerse. Por lo demás se lleva también a cabo la colonización por el sometimiento al gobierno y a la justicia de la ciudad; como también por el tráfico y matrimonios, de igual manera como se realizó después en tiempos de Roma con los lugares dominados por tribus. Solamente con los judíos se suscitaron dificultades graves,—y esto es en todas las ciudades—pues pedían se les reconociera todos los derechos de ciudadanos, además del reconocimiento de su posición especial; en una palabra querían tener privilegios.

Junto a las ciudades quedan muchas regiones que a pesar de mantener una organización propia, estaban sometidas al gobernador y a los empleados reales. Dentro de esta categoría quedan los principados y posesiones de los sacerdotes que no son completamente independientes. Pero cuando después de cierto tiempo, la totalidad de la población se ha dividido en las categorías de $\delta\upsilon\nu\alpha\sigma\tau\alpha\iota$, $\pi\acute{o}\lambda\epsilon\iota$, y $\xi\delta\upsilon\eta$; las ciudades griegas, contrariamente a la configuración del reino de los Achaménides, se han colocado en el primer plano. Las regiones del reino y de los $\xi\delta\upsilon\eta$ de los pueblos aislados, empiezan a reunirse en grandes territorios de ciudades. Estos mismos procedimientos son continuados en Asia Menor por los pergamonicos y se introducen en los pueblos indígenas del noroeste; y los prosigue después por Pompeyo, el organizador de las provincias asiáticas del imperio romano.

A la cabeza del reino y por sobre su conjunto está el rey como símbolo de la unidad con sus empleados y su ejército. Es cierto que el reino de los seleucidas descansa sobre bases macedónicas que se mantienen en su tradición; pero, como en todos los casos de estados creados por conquistas y cuya única unión es el dominador, la única forma de gobierno fué la monarquía absoluta. Seleuco expresó esto en forma muy característica, cuando exigió el consentimiento del ejército macedónico,—el que era oficialmente considerado como portador de la soberanía—para dejar las provincias del oeste, al mismo tiempo que su esposa Stratonique a su hijo Antíoco. «No quiero imponer las costumbres y usos de los persas u otros pueblos, decía, sino esta ley común al mundo entero: que siempre lo justo es aquello que el rey determina». Estas palabras están dirigidas contra el intento de Alejandro de obligar a los griegos y macedónicos a aceptar las costumbres persicas. Pero en realidad, también faltó a las costumbres tradicionales, cuando abandonó su esposa a su hijastro; mas, la ley que con esto expone Seleuco, no es otra que la que se atribuye y expresó Anaxarchos de Abdera, en contraposición a Kallisthenes, a Alejandro: «¿no sabes que si Dike y Themis asisten a Zeus, es sólo para que todo lo que haga el detentador del poder sea justo y sancionado?». La forma como es llevada la monarquía absoluta, es, también, la misma de Alejandro: la elevación del rey a la categoría de un Dios. Sólo así se auna la libertad de la ciudad autónoma con la monarquía y al mismo tiempo con la ley fundamental: en una nación no debe primar lo arbitrario,

sino la justicia: el rey-dios crea y ampara la justicia y sus leyes están al mismo nivel de la de los dioses; y como éstas, deben ser cumplidas por todos los súbditos. Por este motivo encontramos una especie de adoración del rey. Además, la cronología es llevada de acuerdo con los sacerdotes de la casa real en el reino de los seleucidas, de la misma manera que en el reino de los lágidas.

Por lo demás, Seleuco nunca fué exclusivista. Cuando, como sátrapa, supo ganarse la adhesión de los babilonios, fué al único entre los Diadocos, que no repudió a su esposa persa, o mejor, Sogdiana de Apamea, sino por el contrario, la tuvo en gran respeto. Denominó varias ciudades con su nombre, como con el de su padre Antíoco y su madre Laodicea. Así son representados simbólicamente en la misma dinastía, de los elementos populares mezclados. Y los sucesores pueden vanagloriarse de llevar en sus venas, sangre pérsica y macedónica.

(Continuará).